Cuento

Los maestros

Seudónimo

Águila

Los maestros

Águila

¿A dónde vas, Gilgamesh?
La vida que tú buscas
nunca la encontrarás.

Tablilla X, columna 1

Los hombres salieron de Uruk silbando su canción de viento. El amanecer tendía su manto de lino sobre los puertos de piedra. Iban hacia la Tierra Leve de la que habían venido sus primeros padres, más allá de las estrellas conocidas, donde las olas se rompen en el borde del mundo y las cosas vuelan.

Las barcas estaban allí. Cinco soledades, cinco sombras amarradas a los postes de caña con sus vientres repletos de agua, vino, harina y dátiles. En la mayor, un jarrón sagrado oficiaba de talismán contra las noches marinas y sus soledades de fuego. Nadie sabía que ese mismo tesoro sería el que otros hombres, cinco mil años más tarde y con una ciencia extraña hasta la locura, llamarían Jarrón de Warka.

Navegaban comiendo singladuras. Istubar los guiaba desde su trono en las olas. Salieron de Uruk con el corazón estrellado de mar y misterios; peregrinos de soles, sabían que la travesía sería más larga que las caravanas del Gobi.

Sus antepasados, los primeros hombres, habían aprendido de maestros pretéritos cuyos nombres olvidaron, y que siempre representaban con símbolos del aire. Los maestros compartieron con ellos, durante siglos, sus secretos para dominar la luz, el rayo, las aguas, el fuego, y hacer de las uvas, como el legendario Utnapishtim, el mejor vino jamás

tomado. En tablillas diminutas y con dedos ágiles como uñas, los maestros habían dejado su voz; un lenguaje hecho de misterios, sólo para dioses.
Pero, sobre todo, enseñaron un arte refinado que desafiaba el instinto a caer; enseñaron a volar, a suspenderse en el aire y respirar, desde lo alto, el rocío de la tarde. Venerados maestro desaparecidos desde aquellos tiempos sobre las olas del mar.

Navegaban bebiendo singladuras. Erizar, el mayor del grupo, el que sabía leer en los libros de cobre las escrituras antiguas, tenía su propia misión en La Tierra Leve: copiar los antiguos mapas del saber, traer las tablillas de mica y los rollos escritos en ñLa lengua emplumadaò, aquella que habló el legendario Istubar.

Navegaban amarrados a la noche. Los días se sucedieron al ritmo de las arenas de una clepsidra gigantesca. Las manos se encallecieron y se hicieron fuertes. Los ojos se acostumbraron a mirar los cardúmenes errantes. Día tras día, las ondas de Celacantos rompían la monotonía del viaje al caer en las redes.

Navegaban en el silencio. Al final, los peces desaparecieron y empezaron a ver unos pájaros azules nunca antes contemplados en Uruk. Plumajes de nube y espuma; hondos pechos índigos revoloteaban sobre las cabezas y anunciaban, tal vez, la tierra que buscaban. Todo estaba muy cerca, quizás una o dos jornadas; se sentía en la piel una memoria no declarada, pero vitalmente escrita en el aire por los pájaros. Los alisios soplaban firmes y las singladuras se devoraban como las roscas de trigo y los peces.

Entonces una línea se definió en el horizonte. Una mano inmensa estaba dibujando el margen del mundo. Los viajeros se desnudaron de silencio, rezaron para adivinar el tamaño del esfuerzo y dejaron caer los remos sobre la sal.

Lentamente, como de las brumas de la memoria, la línea tuvo volumen y se hizo tierra. Todos pensaban ver esos oasis marinos con palmeras y frutas, tal como estaban tallados en el templo de Inanna. Pero no. Lo que vieron fue una luna de sílice rompiendo la simetría del horizonte, flotando sobre las aguas de esmeralda, tan grande como los campos de trigo de Uruk. Erizar fue el único en reconocerla. Era la reproducción exacta de los dibujos oníricos que hacían los sabios cuando hablaban de La Tierra Leve y de los maestros. Solitaria, la masa flotaba sobre el mar; en lo alto, casi rozando los ojos de la todavía invisible Sothis, una ruinosa arquitectura semejaba la grandeza de un imperio ya fósil.

Sin embargo, lo que no estaba en los dibujos sacerdotales eran los pájaros, los pájaros azules que habían cortejado la caravana marina el último año y que ahora, mimetizados con el cielo, parecían decir algo desde las silenciosas galerías de cristal.

Erizar tardó en descifrar las palabras. Sílabas tras sílabas se fueron escribiendo los mensajes desde el río de las gargantas. La óLengua emplumadaô enseñada en el templo empezaba a ser una melodía dulce que hipnotizaba a los marinos; como ocurriría en otra historia de un héroe todavía no amanecido.

Entonces la antigua oración de Uruk se derramó por los oídos con la fuerza de dioses cansados del silencio

ñEn los confines del mundo hay otro,
que navega por los aires leves.
En las altas cumbres de mármol,
unos pájaros azules leenò

Con los últimos ojos que tenía Erizar miró el mar, la tierra flotante y comprendió que el viaje no había sido en vano. Podría llevar otro tesoro más sutil que las tablillas, pero lleno de verdades para los sabios de Uruk. Los maestros pretéritos, cuyos nombres se habían olvidado y que se representaban siempre con símbolos del aire, eran los Pájaros Azules de la Tierra Leve; ahí en el borde del mundo donde las cosas vuelan.